

Editorial

“La Cultura adquiere importancia intelectual cuando se transforma en una fuerza con la que hay que contar políticamente”. T. Eagleton

¿Qué pasa cuando el poder político cuenta con la cultura como fenómeno que le pertenece y no con el que tenga que contar? Los casos de regímenes totalitarios, la cultura alemana de los años ‘30 declarada “arte degenerado” por el nacionalsocialismo alemán o en el régimen comunista soviético reemplazada por el “realismo popular socialista” nos son bien conocidos.

¿Pero qué pasa en situaciones no totalitarias, pero sí autoritarias, como fue el caso chileno entre 1973 y 1989?

En arquitectura pública el autoritarismo nos ha dejado el Congreso Nacional de Valparaíso y aún hoy el urbanismo chileno se resiente del recurso de los ejes, los “crescents” y del pintoresquismo de blancanieves del “new urbanism” (se le puede seguir la pista en “La ciudad perfecta” en los terrenos de la ex viña Cousiño Macul y muchos otros grandes “emprendimientos”).

Claro que eso fue un fenómeno más generalizado que abarcó desde EE.UU. hasta Portugal. Así, nuestra reforma económica neoliberal que implantó el gobierno autoritario coincidió a su vez con el postmoderno, el ideal neoliberal que para la forma era igual a equilibrio y “rancia” tradición, y para la acción económica resultó bastante más creativo y desprejuiciado.

En la década de los ‘90 nuestra revista abandonó la publicación de obras extranjeras y se dedicó de lleno a lo que consideramos arquitectura de calidad hecha en Chile. Quizás algún día alguien escriba sobre la influencia y características de las publicaciones chilenas de arquitectura, la antigua *AUCA*, la *CA*, la *ARQ*, las que son o fueron periódicas, y se juzgue cuánto lograron incentivar las buenas realizaciones o no, y de sus errores y despistes.

También el análisis podría escudriñar las relaciones entre política y cultura arquitectónica y sacar algunas conclusiones, que yo adelanto por mi cuenta y riesgo: creo que los grandes momentos de la arquitectura chilena fueron las décadas del ‘40 al ‘60 y ahora, quizás, la década del ‘90 y la actual.

No hay duda, por la habituales llamadas que recibimos de periodistas extranjeros especializados (entre ellos, del *New York Times*, *Casabella*, *2G*...) que sí hemos ayudado desde el año 1990 a que Chile sea identificado en el extranjero con un país de buena arquitectura.

Pero el promedio de nuestra producción es aún decepcionante. Como me dijo Carrilho da Graça, el excelente arquitecto portugués, durante la Bienal del año 1997, “pensé que Chile era un país más sofisticado, como Finlandia”.

Bueno, si no lo somos, aún lo podemos ser. Ésa es nuestra ilusión.

Montserrat Palmer Trias



“Culture acquires intellectual importance when it becomes a force that must be taken into account politically”. T. Eagleton

What happens when the political powers consider culture as something that belongs to them rather than as something they must take into account?

We are well acquainted with the example of totalitarian regimes, National Socialist Germany declaring “perverted art” its culture from the 1930s, or the imposition of “popular socialist realism” under the Sovietic Communist Regime.

What happens, however, in non-totalitarian but authoritarian situations, such as the one that Chile lived through between 1973 and 1989?

In the realm of public architecture, the authoritarian government has left us the National Congress building at Valparaíso, and up until now Chilean city planning remains negatively affected by “new urbanism’s” resource to urban axial lines, “crescents”, and the ‘snowwhite’ picturesque style (traces of which can be seen at the “Ciudad Perfecta” situated in the site of the ex Cousiño Macul vineyard and many other urban “enterprises”).

Of course, such a turn of events was a generalized phenomenon, one the effects of which were felt from the U.S. to Portugal. Thus, the liberal reform of our economy, imposed by the authoritarian government, coincided with postmodernism, the neo-liberal ideal which, in terms of form, was attached to the principles of balance and tradition, whereas in the realm of economics it turned out to be much more unprejudiced and creative.

During the 1990s, our review stopped publishing foreign architectural works, and devoted itself fully to the publication of what we consider to be quality architecture in Chile. Maybe some day someone will write about the influence and the characteristics of Chilean architectural reviews such as the old *AUCA*, *CA*, *ARQ*, which appear or appeared periodically, judging whether they managed to contribute to the production of good architecture, and evaluating their mistakes and blind spots.

This analysis could also take into account the relations between politics and the realm of architecture and maybe arrive to some conclusion about what I propose here on my own: I believe the greatest moments of Chilean architecture extend from the 1940s to the 1960s and more recently, perhaps, the 1990s and the present decade.

There is no doubt, considering the frequency of the telephone calls we receive from the specialized foreign press (among which are the *New York Times*, *Casabella*, *2G*), that we have contributed since the 1990s to build for Chile abroad the image of a country with good architecture.

But most of our production is still disappointing. As Carrilho da Graça, the excellent Portuguese architect, said to me during 1997 Biennial, “I thought Chile was a more sophisticated country, like Finland.”

Well, maybe we’re not there yet, but perhaps we will. Such is our hope.

Arne Jacobsen, Cámara de concejales, Ayuntamiento de Aarhus, 1937
Arne Jacobsen, City council chamber, Aarhus City Hall, 1937